

que á los reveses de la desgracia. Viendo los designios de Dios en la marcha perfecta de la sociedad, interesada en esta marcha no solamente la felicidad temporal sino tambien la felicidad eterna, concertados en la perfeccion política los intereses del cielo con los de la tierra, el espíritu religioso y el espíritu público, ya comprenderéis que aquel modelo incomparable no separaba nunca, sino ántes bien estrechaba siempre, los principios de la religion con la ciencia del gobierno, la política con la moral, y ésta con la religion.

Apoyado en estos principios, examinaba siempre los negocios conforme á las reglas de la prudencia cristiana, cuyos elementos preciosos, bajados del mismo cielo, forman un criterio superior á todo, una balanza moral de apreciaciones infinitas, unos medios de accion superiores con mucho á la sagacidad política y á la prudencia del siglo, al paso que comunican á los hombres públicos esa energía de carácter que preside á las grandes resoluciones, á las sábias medidas, á eso que el mundo suele llamar golpes de genio para huir artificiosamente del lenguaje católico. Esto explica perfectamente aquella inalterable constancia con que Vicente de Paul llevaba siempre á efecto cuanto habia encontrado necesario y justo despues de una meditacion detenida y concienzuda.

Esté poder moral, que solo ve á Dios y su justicia, expedita de tal suerte la marcha del hombre público, que siempre le hallan pronto la justicia, la necesidad y el bien comun, y nunca los medrosos recelos de la ambicion le retraen, ni el aparato de un trono contiene los esfuerzos de su celo. Tal vemos á Vicente de Paul en aquellas revoluciones de la Fronda que despedazaban á la Francia, y cuando las pasiones, atacando á la par á la corte y al pueblo, perpetuaban ó irritaban progresivamente la guerra, ir solo, con sus convicciones y su conciencia, por dos veces, desafiando todos los peligros, á San German, donde residia la córte, á pedir la paz en favor de la capital, en que millares de infelices perecian al embate destructor de la guerra civil. Sus pretensiones desagradan á la corte, y él se retira sin jactancia y sin temor, satisfecho sin duda de que los objetos directos de un ministerio, siempre de paz y de bien, entrarían en lucha frecuentemente, pero nunca volverían á la nada. El desagrado de la corte se traduce con la caida de Vicente, sin duda porque tal es de ordinario el efecto de una noble mision hácia un poder mal avenido con los sólidos intereses de la virtud; pero aquel hombre, fuerte mas que todos los ejércitos, cuando se le felicita por haber salido fallida la conjetura, se lamenta de lo mismo que sirve de fundamento á la felicitacion: "Ojalá hubiera salido cierta la noticia! exclama; pero un miserable como yo no es digno

de tal favor." ¡Poder sublime, que reduce los objetos mas colosales del mundo á un grano de mostaza junto á los héroes de la religion!

Imaginad ahora los efectos consiguientes á este sistema de conducta: figuráos á todo un clero gobernándose por este código tan sencillo como grande, ora cuando se le considera, ora cuando se le esquivo en las altas esferas del mundo político, y tambien cuando á plena fuerza se obra contra él para reducir á la nada la presencia de su personalidad y el influjo de su ministerio; y yo os aseguro, en verdad, que saldrá siempre avante en todos los conflictos, que conservará siempre inmune su independencia y dignidad, que su ministerio augusto, donde viven juntas la verdad, la justicia y el bien, será siempre un inmenso faro que atraiga la vista y el corazon de los pueblos y los gobiernos en esas borrascas civiles que amenazan de muerte á toda la sociedad. De hecho, católicos, la última faz de esa revolucion antigua, parto comun del Renacimiento y la Reforma, reducida, como lo veis, al entronizamiento de las masas sobre todo poder social, de esa revolucion que agita y sacude hoy á toda la tierra, y á cuyo empuje bamboléan todos los tronos, esta faz, digo, está presentando á la admiracion y enseñanza comun del sabio y del pueblo un fenómeno maravilloso en alto grado. ¡Cuál! el del incremento del poder eclesiástico sobre el fondo de la sociedad en los momentos en que se le ha creído muerto absolutamente para el Estado. Ved, si no, las consecuencias que nacen de la accion constante y laboriosa de Vicente de Paul, con su espíritu, sus ejemplos, su doctrina y sus institutos, sobre todos los pueblos de la tierra y en todas las vicisitudes sociales de los siglos.

TERCERA PARTE.

Quando se trata, católicos, de una accion tan universal, tan constante y laboriosa, tan prodigiosamente fecunda, y de trascendencias tan inmensas como la que desarrolló sobre su siglo y los venideros Vicente de Paul, que siguiendo las huellas de Jesucristo, "pasaba haciendo el bien," y no bajó al sepulcro sin dejar una santa posteridad que perpetuase su espíritu y conservase abierto á todas las necesidades del género humano el tesoro de la caridad evangélica; que en su tiempo parecia multiplicarse en cierto modo, para estar presente donde quiera que habia menesterosos, y despues reproducirse de continuo, para no dejar huérfanos á todos los que lloran y

padecen; cuando se trata, digo, de explotar para la merecida alabanza del héroe y la edificación del pueblo fiel, este minero riquísimo de las acciones mas ilustres, de los beneficios mas admirables, de los rasgos mas sublimes que componen la historia de nuestro Santo, y esto habiendo de ceñirse á los reducidos términos de una oracion encomiástica; cualquiera, por mucho que sea su ingenio y maravillosa su habilidad para reducir á enunciaciones breves y precisas los hechos y sus consecuencias, tendrá que lamentarse de no poder dar al discurso el vuelo de su admiracion. En efecto, católicos: hai glorias que traspasan, digámoslo así, la posibilidad del talento oratorio, que aun con la minuciosidad de la historia, quedan apenas indicadas, y tal sucede con la de este héroe de la caridad, cuya vida se desarrolla incesantemente con los siglos, cuyo espíritu se admira mas y mas en proporción que se le contempla, cuyas obras se hacen sentir en el fondo de toda la humanidad.

¡Cuánto necesaria yo, católicos, de prolongar mi discurso, si pretendiese ir presentando á vuestra vista cada uno de los cuadros que forman la galería de que somos deudores á la incomparable caridad de este Santo? ¡lo que sucesiva ó simultáneamente hacia, ya en el curso de su carrera, ya por la fuerte impresion de su caridad, en la masa de los pueblos? ¡aquellas parroquias de Chantillon y Clichy, que en su advenimiento á ellas le presentaban el horrible aspecto de cadáveres que contaban un siglo de exhalar su inmundicia, empezar á dar algunos síntomas de vida con solo su presencia, y reaparecer mui pronto bajo su mano perfectamente restauradas, maravillosamente rejuvenecidas? ¡aquellas masas inmensas presa de la miseria y el pecado, salvadas como por encanto y trasladadas casi instantáneamente del hambre y el crimen al alivio del cuerpo y á la limpieza del alma? ¡aquellas conversiones perdurablemente célebres, que sirvieron de admiracion á la sociedad, y de primera base á esta asociacion fecundísima que reparte sus beneficios aun el dia de hoy á todos los atribulados? No es posible, católicos: cada cuadro demandaria un discurso, cada rasgo una atencion especialísima; y á querer individualizar, fuera tan fácil comenzar donde quiera, como difficil encontrar el término de la alabanza.

No me empeñaré pues en la taréa de referiros uno por uno tan importantes é ilustres pormenores: no seguiré á Vicente de Paul paso á paso en su vasta y fecunda carrera; en las escursiones de su caridad y de su celo; en su movimiento continuo, ya dentro de la capital de Francia, ya por la Lorena, Saboya, Italia y tantas otras provincias que, acosadas por diversas tribulaciones, le llamaban á grito herido para salvarse de la miseria y de la muerte. No hablaré

de sus maravillosas apariciones; de aquella solicitud con que buscaba en todas partes las huellas de la miseria; de aquella elocuencia irresistible de la virtud que en las plazas públicas encadenaba el corazón de las turbas; de aquella diligencia y puntualidad con que esperaba en el tribunal de la conciencia todas las enfermedades morales para hacerlas desaparecer, todas las agitaciones del espíritu para que huyesen á los primeros acentos de su voz, dejando lugar á la serenidad y á la calma; de aquella ternura inefable con que desempeñaba en los hospitales, no ya las taréas de un enfermero, sino aun los oficios que á sus hijos pudiera dispensar una madre amorosa; de aquellos hospicios inmensos en que una pasmosa muchedumbre de mendigos, reunidos como por encanto bajo el influjo de su caridad acendrada despues haber agotado inútilmente los esfuerzos de corporaciones poderosas, sorprendian la admiracion del mundo con la realizacion de empresas que por árduas habrian parecido quiméricas y en cierto modo fabulosas; multitud inmensa alimentada, vestida y pasando por los consuelos de la naturaleza hasta los goces inefables de la gracia. No le presentaré á vuestra vista, católicos, residiendo en las galeras, encerrado en los calabozos con los criminales, estrechando á estos infelices en sus brazos, humedeciendo sus rostros con lágrimas de ternura, é imprimiendo repetidos ósculos de amor sobre las cadenas que ataban sus brazos, y todo para suavizar su infortunio con las efusiones de la caridad, y explotar aquel inmenso cúmulo de penas en pro de la penitencia para la restauracion de la gracia y los intereses de la virtud. No mostraré desde este lugar á ejemplo de su mas elocuente panegirista,¹ como trofeo sublime de la caridad, aquellas cadenas que, segun relatos fidedignos, quitó de un jóven presidiario en los momentos en que parecia sucumbir á la desesperacion, y puso sobre sí mismo, quedándose en su lugar, como en otro siglo lo habia hecho San Paulino de Nola en Africa para salvar á un cautivo. No sorprenderé vuestra admiracion con el grandiosísimo y sublime cuadro de ciudades populosas rápidamente convertidas, de panes multiplicados casi de continuo para el alimento del pobre, no por el poder de los milagros, sino por el ascendiente irresistible de su caridad sobre el corazón de los poderosos, ni de aquellos célebres presidios, residencia de todos los crímenes, milagrosamente cambiados en albergues de la penitencia y de la piedad. Nada de esto, católicos, os describiré á lo ménos con minuciosidad; pero sí deseo caracterizar cuanto es posible los admirables institutos que debemos á la caridad ardiente de aquel

1 El Cardenal Maury. Panegirico de San Vicente de Paul.

siervo de Dios, mostrándoos al mismo tiempo el espíritu que los prepara y los efectos que perpetúan su fecundidad.

Mas no imaginéis por esto que al trazar los rasgos distintivos que dan cierta eminente singularidad al carácter histórico de Vicente de Paul, á quien fué dado elevar cada uno de los atributos constitutivos de la caridad al rango de las grandes instituciones del cristianismo, me proponga correr un velo sobre esa galería de héroes que el cultivo de aquella virtud ha venido colocando en el panteon de la verdadera gloria desde el principio de nuestra Era. No, católicos: la caridad cuenta héroes y tambien instituciones, desde que vino Aquel que, habiendo amado á los suyos intensamente, los amó hasta el fin, segun la expresion del Evangelista. ¹ ¡Cómo callaria sin ingratitud los nobles recuerdos de las religiones hospitalarias, que en las entrañas de los montes, en las riberas de los mares y en el centro de las ciudades populosas, han tenido abiertos á la humanidad afligida, en toda su escala, espaciosos y provistos asilos, para salvarla de la miseria, del dolor y de la muerte? Mas no necesito, por cierto, ni oscurecer ni menguar tantas diversas glorias para fijar, con el transporte de la admiracion y el entusiasmo de la piedad, vuestras miradas en este justo, predestinado por la Providencia para curar todas las heridas, aliviar todos los dolores, suavizar todas las penas, enjugar todas las lágrimas. Yo tengo una ventaja superior á todas, superior mui mucho á la que pudiera resultar de aquel piadoso artificio, en el mismo carácter moral de nuestro Santo, en el espíritu que animaba su accion, en la realizacion de sus planes y fecundidad de sus obras.

¡No es en efecto una gloria incomparable ser la recapitulacion personificada de todos sus predecesores en el teatro de la virtud? ¡No es una cosa incapaz de ser bien encarecida, poderosa para sentirse pero imposible de explicarse, reunir en solo su persona la última sencillez y simplicidad con la mas elevada grandeza, una marcha comun con un carácter singular? ¡No es mui superior á cualquiera elogio resumir el espíritu de todas las antiguas instituciones en la suya para salvarlas, por lo ménos en su esencia, en los años y siglos de decadencia y persecucion que se apresuraban á llegar? ¡No es para quedar absorto contemplar el carácter de estas instituciones de Vicente mostrando el triple genio de la invencion, de la sabiduría y de la prevision mas admirables? ¡No es un objeto de aquellos que arrebatan y subyugan ver asegurada la perpetuidad de la institucion con la libertad de la permanencia, y pasmosamente dila-

¹ Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos. Joann, c. XIII, v. 1

tada su accion con solo hacer pasar su espíritu al cuerpo de la sociedad? ¡No es un prodigio de táctica divina sorprender á este siglo perseguidor, tomándole sus avenidas, y aceptar los cumplidos de las generaciones de hoy en pro de su reforma?

Cuando contemplo, católicos, á Vicente de Paul en el gran pensamiento y accion fecundísima que desarrolla sobre el mundo; cuando me aplico á buscar en su carácter histórico aquellos rasgos distintivos, que sin opacar nada de lo pasado, parecen darle una gloria nueva; cuando me esfuerzo por entresacar, digámoslo así, de entre tantos objetos admirables aquellos que parecen sobresalir como los mas dominantes; desde luego se presentan á mi vista tres cosas: primera, que aquel incomparable ministro de la Providencia, resumió en los suyos á todos los institutos activos del cristianismo, y tiende á salvar con su espíritu cuantos han sido consagrados á la vida contemplativa; segundo, que ha dilatado como ninguno los beneficios de la caridad; finalmente, que su pensamiento y accion continua han venido á ser en nuestro siglo una apología personificada de la religion, y un dique levantado contra ese torrente que tiende á destruir en su ruinoso curso todos los elementos de vida que así el individuo como la sociedad encuentran en la Iglesia de Dios.

He dicho, católicos, que uno de los rasgos distintivos que forman el carácter histórico de nuestro Santo, es el haber abrazado en el vastísimo plan de su caridad, la accion de todos los institutos religiosos consagrados á la humanidad afligida, para consolarla en todas sus tribulaciones, y á las clases todas para ilustrarlas con la doctrina y salvarlas del vicio y sus consecuencias con su ministerio. Record, si no, esas páginas de su preciosa vida; seguidle paso á paso en su dilatada carrera; examinad la pasmosa muchedumbre de los beneficios que difundió sobre la humanidad; meditad en el carácter y en el espíritu de todos sus institutos, y veréis que ellos refunden en cierto modo á cuantos han venido apareciendo en favor del género humano desde el origen del cristianismo.

Vicente de Paul, hermanos míos, con sus dos inmensas familias que fundó, es apostólico y misionero; es ayo de la tierna infancia; es director de la juventud estudiosa, y mui especialmente de aquella que se destina y escoge para formar la tribu sacerdotal; es protector de los cautivos y universalmente hospitalario; es padre de la infancia expuesta por el crimen ó abandonada por la miseria, protector nato de la indigencia en sus numerosas clases, enfermero solícito de todos los que sufren los achaques de la naturaleza en el lecho del dolor, atalaya permanente y correctivo suave y eficaz contra todos los vicios que se introducen en la masa de los pueblos: está en todas

partes; sigue á la miseria en todas sus residencias; recorre los campos de batalla para recoger y curar á los heridos, y los hogares infectos para derramar los consuelos de la caridad en los tiempos de peste: es el ángel de la abundancia cuando el hambre devora las ciudades enteras, y el ministro de la resignacion y del consuelo en la cama del moribundo, para dulcificarle aquel terrible trance de una alma que desciende al sepulcro para entrar en la eternidad.

Da principio á su ministerio apostólico esparciendo la semilla de la palabra en las aldeas, á los pobres que habitan bajo techos de paja, á las almas sencillas y dóciles, que si sufren las consecuencias de la ignorancia y han pagado el tributo funesto á las inclinaciones desarregladas, no han recibido aún en su corazon el veneno de la duda, ni han aprendido el arte funesto de oponer la discusion á la fe, y el dictámen propio á los preceptos de la autoridad. Mas comenzando en las aldeas, ha recorrido el mundo, ha visitado los países infieles, ha dado tambien, ya lo sabéis, en sus hijos el contingente de su sangre para la mas heroica defensa de la fe católica: el gran registro de los mártires del cristianismo tiene ya escritos los nombres de algunos de estos nuevos misioneros.

Mientras multiplicaba con su ejemplo, con su piedad y con aquella elocuencia irresistible y fecunda, tanto como sencilla y simple, los triunfos de la verdad y la virtud en el curso de sus trabajos apostólicos, abria sus manos para derramar los beneficios entre los menesterosos. ¿Quién, católicos, podria enumerar todas las necesidades socorridas por sus limosnas particulares? ¿Quién podria referir ni ménos encarecer aquellos prodigios que obraba frecuentemente su infatigable caridad en el silencio de su inalterable modestia? Pero, ya lo veis: aun abandonando esta region oculta que Dios quiso reservarse, como la de muchos justos, para sorprender con su manifestacion á la humanidad entera en el último dia de los tiempos, nos basta contemplar todo lo que no le fué dado encubrir, todo lo que por sus dimensiones y trascendencias tenia un carácter monumental, para admirarle sin término.

En Berbería vió con sus propios ojos, y sintió en sí mismo la desgracia del cautiverio, é inspirado por sus recuerdos, aleccionado por su experiencia y movido por su activa caridad, aprovecha las primeras oportunidades que su influencia le presenta, á fin de formar un fondo que ministre recursos para suavizar los horrores de la esclavitud en los infelices cautivos, á quienes nunca dejó de ver, segun la bella observacion de un orador,¹ "como á sus sucesores de

1 Maury. Panegírico de San Vicente de Paul.

infortunio;" abre á sus familias, en su casa de San Lázaro, una estafeta general y gratuita; dota en seguida en Argel un hospital vastísimo; funda socorros perpetuos para la redencion de cautivos, y les destina colonias de misioneros que sostengan su fe y alivien su condicion mientras llega la hora de su libertad.

¿Cuándo acabaria yo, católicos, si me propusiese aquí haceros admirar, ya los cuantiosos tesoros que, sin haber dejado nunca de ser pobre, invirtió durante su vida en socorrer á la humanidad indigente y atribulada, ya el arte maravilloso con que los distribuia, logrando que el orden y una sábia economía los multiplicara en cierto modo, ya los prodigios de caridad que al impulso suyo hacian frecuentemente sus hijos! ¡Ah! ¡no es el discurso para seguir la carrera de la caridad; y la elocuencia mas vehemente desfallece, no lo dudéis, en presencia de sus héroes!

Si contemplo, católicos, el poder de su espíritu sobre esas borrascas indomables que levanta y desencadena furiosamente la guerra en el mundo, le veo liberrar dos veces á Paris de un saqueo general, "entregando su querida casa de San Lázaro á los saqueadores, y dando de comer diariamente por espacio de cinco meses á dos mil pobres."¹ Si el espectáculo de un sexo amenazado, ya de llegar á la última desgracia despues de haber sucumbido á su debilidad, ya de recibir el primer golpe entre tantos peligros, me consterna y alarma terriblemente, mi alma recibe pronto el mas grato consuelo á la vista de ese asilo que abre Vicente de Paul á las desgraciadas víctimas de la seduccion en la Magdalena, y de ese hospital que funda para las niñas huérfanas con el santo fin de salvar la inocencia virginal de sus perseguidores. Si el espectáculo de una mendicidad inmensa que agota el pensamiento y rinde los esfuerzos de la corte para socorrerla ó dispersarla, me hace temer por la suerte de tantos infelices, al instante se disipa mi temor cuando Vicente aparece, y con aquel poder providencial que poseia conjura casi de un golpe tantos infortunios. Instituye un hospital destinado al alivio de los artesanos viejos, reducidos á la miseria, en el cual reune hasta el número de trescientos: poco despues invierte una cuantiosísima suma, que se le habia dado para edificar su iglesia, en la construccion y dotacion de un hospicio general, en que mui pronto alberga seis mil pobres para mantenerlos hasta el término de su vida, y no fué necesaria otra cosa para que el resto de cuarenta mil mendigos, que ántes lo invadian todo á nombre de una miseria que principalmente consistia en su aversion al trabajo, desapareciesen como

1 Maury. Panegírico de San Vicente de Paul.

el humo á la vista de un asilo inmenso en que tenian que comprar, digámoslo así, el alimento, el vestido y cuanto habian de menester en sus necesidades, con la sumision á una regla de orden que, al atender al hambre y desnudez de la multitud, no perdía nunca de vista su conveniente ocupacion y estricta moralidad. Finalmente, si el dolor mas intenso atormenta mi espíritu al contemplar aquel escándalo, afrenta de la civilizacion moderna, oprobio de la nacion mas culta de la Europa, que apenas llamaba la attention de su gobierno, de innumerables niños recién nacidos, abandonados por sus padres en las plazas públicas de la capital, y comprados á vil precio por los pobres para servirse de ellos excitando la commiseracion pública á fin de ganar el pan, y al escuchar estas palabras del siervo de Dios dirigidas á un monstruo que en las puertas de Paris despedazaba los miembros de una de estas criaturas: "¡Bárbaro, detente!" un arrobamiento de admiracion y santo entusiasmo me saca de tan triste estado, cuando veo á este grande hombre tomar aquella criatura en sus brazos como un estandarte de libertad, reunir en su torno á todos los corazones sensibles, á todas las almas generosas, salvar quinientos niños que una amedrentada pusilanimidad le devolvía, lanzando sobre ella desde la cátedra evangélica los dardos punzantes é irresistibles de su elocuencia inspirada por la ternura, y obteniendo, como un espléndido triunfo de su caridad infatigable, que su auditorio vote por aclamacion el establecimiento de un hospital para los niños expósitos, y derrame á sus piés los primeros tesoros que habian de servir para emprender y llevar á cabo aquel pensamiento universal y uniforme, fruto de su tierna y elocuente misericordia.

Visitad, católicos, esos diversos establecimientos á que atienden las Hijas de la caridad. ¡Qué veis allí? á estos ángeles del cielo prodigando todo linaje de consuelos á los que padecen. Aquí están de pié asistiendo con esmero extraordinario á los enfermos; allí están socorriendo á los ancianos achacosos; allá están pendientes de esas víctimas desgraciadas que han perdido el juicio y la razon; acullá las veis ocupadas en reglar y disponer todas las oficinas que requieren las necesidades que ha puesto á su cargo la Providencia.

Pero sobre todo; vedlas con los niños. . . . fijáos aquí. . . . contemplad este cuadro. . . . ¡Qué amabilidad! ¡qué ternura! ¡qué mezcla de sentimientos inefables no se revelan en los instantes mismos en que les prodigan sus caricias, y reciben la instintiva retribucion del amor de esos pequeñuelos, que las miran como sus madres, que las buscan y siguen solícitos, que las importunan dulcemente con sus lágrimas, que las arraigan donde quieren con su inocente importunidad.

Pues bien, hermanos míos: este cuadro no es único, no es diverso tampoco: donde quiera le veréis reproducido y perfectamente identificado. Consagrada exclusivamente á los que padecen, esta nueva familia de Jesucristo no puede contenerse dentro de los muros que forman un claustro: necesita del horizonte sin límites que la caridad, esta viajera infatigable y constante, nunca deja de recorrer, que acompaña á los siglos en su curso, que transita los mares lo mismo que los desiertos, llena los abismos que se atraviesan para salvarlos, y aplana las montañas bajo sus piés. Y no imaginéis que, aun durriendo por todas partes, se arraiguen inmóviles en alguna. Viven en las aldeas lo mismo que en las ciudades, en las cabañas como en los edificios soberbios: siguen los rastros de la peste, como las huellas ensangrentadas de la guerra: asisten en los hospitales espaciosos y provistos, como improvisan enfermerías de sangre en los campos de batalla. Están en cada pais ejerciendo un ministerio que no tiene límite ninguno: en los reinos católicos, en los países protestantes, en las bárbaras tribus, y allí tambien, donde residen los adoradores de Mahoma; y con la egida fuerte de un ministerio que avasalla á la naturaleza donde quiera, cubren su virginidad y su fe. No hai uno que no se detenga respetuoso delante de estas vírgenes al pié de la cruz que las conduce, ni sitio en que no aparezcan rodeadas de veneracion, recogiendo los tributos del reconocimiento, excitando los sentimientos mas tiernos del corazon, y depositando hasta en el seno de los infieles los primeros elementos de una conquista que mas tarde hará el apostolado católico, siguiendo con la antorcha de la fe las huellas de la caridad.

Pero no nos detengamos aquí: el pensamiento de Vicente de Paul va mas léjos todavía: quiere dilatar indefinidamente la accion de la caridad, retirar sus límites tanto como el Universo: quiere filiar en su bandera á todos los que profesan la sublime doctrina de la misericordia: quiere que los radios de esos círculos que forman sus dos familias, se dilaten por todas las clases de la sociedad, que de las casas de sus misioneros y habitaciones de sus hijas salga su espíritu á penetrar en todos los pueblos y en todos los hogares domésticos; y este grandioso plan, cuyo primer ensayo vemos en su cofradía de señoras, tuvo su completa realizacion despues de sus dias en esas asociaciones numerosas de caridad, monumentos vivos de su espíritu, que veis difundidas por casi todo el mundo católico.

Las conferencias de San Vicente: hé aquí la institucion de que os hablo. ¡Qué nombre tan simple! ¡qué designacion tan modesta! pero al mismo tiempo ¡qué institucion tan grande! Todo el espíritu del Evangelio gobierna su marcha; todas las necesidades de la hu-

manidad entran en su órbita. Estas conferencias tienen una organizacion perfecta, un órden bien establecido en el desempeño de sus diferentes oficios, una escala gerárquica: estas corporaciones venerables, conduciéndolo todo, y á sí mismas, á los grandes intereses del espíritu, celan de la moral de los menesterosos tanto como atienden á sus necesidades materiales, y no alimentan y visten el cuerpo, sin aprovechar la influencia que les da su caridad, para mover las almas, hablar á las conciencias, conducir las á la purificacion ó inclinarlas á la virtud.

Ved pues, católicos, hasta dónde se ha extendido el espíritu de aquel Santo, cuyo genio, inspirado siempre de la piedad mas acrisolada, sacaba de cada momento de su preciosa vida una semilla fecunda de bien, que habia de multiplicarse y reproducirse por todos los siglos. Abrid ese libro inmenso, el mas fecundo y admirable de todos, ese libro en que está escrita la historia de la caridad, esos fastos de las instituciones consagradas á la propagacion de la fe, á la correccion de las costumbres, al remedio de todas las necesidades humanas: ¿cuál de ellas, decidme, ha pasado desapercibida por la mente y el corazon de Vicente de Paul? ¿cuál de ellas no le ha inspirado un pensamiento fecundo, no le ha producido un sentimiento activo y generoso? ¡Ah! era preciso que, al romper una época en que todas las instituciones del cristianismo serian singularmente combatidas, hasta el extremo de desaparecer casi todas en diferentes paises, la Providencia hubiese deparado una que, recogiendo sucesivamente la sávia de todas ellas, fuese como su representante universal, como su cuerpo de reserva, y luchando por todas y con los elementos de todas, perpetuara sus beneficios, conservara su espíritu y salvara su nombre.

¿No tengo pues, católicos, argumentos incontestables para creer que Vicente de Paul ha reunido en sus institutos diversos los grandes objetos de cuantos encontró establecidos en favor de toda la humanidad? ¿No es cierto que ha dilatado como ninguno los beneficios de la caridad en la tierra? ¿No veis y palpáis cómo el pensamiento y la accion de tan insigne apóstol han venido á ser, entre otras cosas, una viva y constante apología de esta religion, sin la cual tan prodigiosas obras, como han salido de su infatigable caridad y la de sus hijos, serian irrealizables y en cierto modo aun inconcebibles? A la vista del influjo que durante dos siglos no ha dejado ni un solo día de ejercer sobre la masa de los pueblos, prodigando á la humanidad menesterosa todos los socorros del cuerpo y todos los consuelos del alma, ¿no quedáis plenamente convencidos del inmenso poder social de las instituciones de Vicente, de su ef-

racia para salvar la personalidad eclesiástica, y con ella los Estados y la sociedad entera de un cataclismo universal, que seria inevitable sin el inmenso poder de la religion y de la virtud? ¿No es cierto, finalmente, que tiende con su espíritu á salvar aun aquellos institutos que, consagrados á la vida contemplativa, dedicados á la oracion y á la penitencia, sufren á cada paso, ya las burlonas ironías, ya la despreciativa indiferencia, ya los rudos ataques de un siglo material y grosero? De intento, católicos, he dejado para el fin la manifestacion de tan importante verdad,¹ ya porque en este punto es hoy mas combatida la Iglesia católica, ya porque la accion de nuestro Santo sobre los mismos institutos de oracion y penitencia resplandece toda en el vasto conjunto de sus obras y en el espíritu de todos sus establecimientos.

No podia escapar este peligro á la incomparable prevision y activo celo de aquel siervo de Dios, y por esto nos ha dejado, ya en los ejemplos de su vida, ya en el carácter de sus mismos institutos, un arsenal copiosísimo de poderosas armas para rendir y avasallar á este enemigo alevoso, que en su encono contra la religion, habia de querer combatirla con sus elogios hipócritas de lo que se ve y se toca, para destruir eso que no ven los ojos de la carne, ni escuchan los oídos del cuerpo, ni tocan sus manos, pero que abraza lo que hai de mas noble, grande y valioso para toda la humanidad.

¿No os maravilla la prevision de nuestro Santo, cuando le veis en su vida, no solamente recomendar los otros institutos religiosos con el mas vivo encarecimiento, sino aun dirigir á ellos á muchas personas en extremo solícitas de entrar en su Congregacion, y notablemente distinguidas por su saber y su virtud? ¿No fué muy providencial que hubiese pasado treinta años al frente de las monjas de la Visitacion, tan celoso de aquel instituto, que nada quiso innovar en él, y desplegando en el desempeño de un ministerio el mas difícil de todos, cual es la direccion del espíritu, una sabiduria, una prudencia y un tino admirables? Francisco de Sales, aquel incomparable director de las almas, aquel maestro consumado de la virtud, que entre diez mil sacerdotes no hallaba un solo director, descansa todo, con la tranquilidad que inspiran las fuertes convicciones y acrisoladas experiencias, en Vicente de Paul, al poner en sus manos el depósito querido de su obra predilecta, desahogando el con-

1 Hago aquí esta indicacion, porque al enumerar los efectos de la accion y espíritu de San Vicente de Paul sobre el mundo, menciono en primer lugar este punto, el qual, como se ve, figura despues de los que, segun la enumeracion, debieron seguirle. No he querido, sin embargo, reformar ésta en la presente edicion, porque en ella está colocada naturalmente en la enunciacion general de los efectos dichos.

suelo que tal eleccion le habia inspirado, con aplicar á nuestro Santo, respecto de todo lo que en su tiempo conocia, el mismo elogio que el Salvador del mundo habia hecho de su Precursor en mayor escala: "No he conocido sacerdote mas digno que Vicente de Paul."

Pero sobre todo, el carácter y el espíritu de sus propios institutos no es por ventura, decidme, hoy principalmente que se lucha con un siglo material y grosero, la mas irresistible fuerza que se le puede oponer, la mas poderosa arma con que se le puede combatir? ¡Siglo fastuoso y ligero, que apellidándote *positivo* por excelencia, luces tu ignominia sin saberlo; que aplaudiendo á las hijas de la caridad y á los hijos de Vicente por lo que ves y lo que tocas, clamas á grito herido contra las instituciones exclusivamente místicas! Ven: acércate á estas familias instituidas por la Providencia en favor de la humanidad menesterosa; y cuando admiras el heroismo sublime de su caridad, sube á su causa, ve á buscar el principio que las produce, la virtud que las fecunda, y la mano invisible que las sostiene. Cuando ves á estos ángeles de paz desvivirse por su prójimo, ya recogiendo á los niños de uno y otro sexo para educarlos, ya sosteniendo los trémulos pasos de la ancianidad, ya de pié, junto á la cama de los enfermos, ya en las ciudades apestadas para arrebatara á la muerte sus víctimas, ya en las improvisadas tiendas de campaña, en que recogen á todos los heridos para curarlos; cuando ves á los misioneros de Vicente de Paul, apóstoles de las aldeas, evangelizadores de los pobres, officiosos amigos de cuantos arrastran con pena la pesada carga del crimen, para salvarlos de ella; cuando en cada nacion, en cada provincia, y hasta en los pueblos mas reducidos, ves esas modestas juntas de Vicente de Paul atender con el título de *Conferencias* á tantas familias pobres; no te detengas aquí, no des la vuelta llevándote sensaciones aisladas, pensamientos desprendidos de esa cadena cuyos eslabones extremos están invisiblemente atados en el cielo. Vé á esos retiros donde aparecen las hijas de la caridad, los misioneros, los miembros de las conferencias, profundamente recogidos en presencia de su Dios, enviándole una oracion fervorosa para que haga descender sobre ellos y fecunde en ellos la gracia de una vocacion que se esterilizaria en el instante mismo en que dejase de circular el espíritu celestial que anima la virtud en los justos. Aquí aprenderás que estas grandes obras externas, que tanto admiras, no brotan de la tierra, no salen de tí, no cuentan contigo; y ántes bien, se realizan á pesar tuyo. El hombre las piensa, pero Dios las inspira; el hombre las ejecuta, pero Dios las dirige; el bien se distribuye abajo, pero se trae de arriba; y se trae con el recogimiento del espíritu, la labor de la oracion, la

solicitud infatigable de los ruegos y la meditacion de las eternas verdades.

De esta suerte, católicos, Vicente de Paul sirvió sus grandes pensamientos y admirables obras, no solo á sus respectivos objetos inmediatos, mas tambien á las instituciones que ante la vista material del hombre aparecen mas distantes de las suyas, cuales son aquellas que desde los primeros siglos hasta nuestros dias han sido consagradas á la penitencia y á la contemplacion. Todo está ligado en el pensamiento de Jesucristo, todo viene á reducirse á procurar la union mas íntima con él; todo tiende á colocarse desde luego en aquel resúmen tan simple como sublime que hizo de todo el bien, cuando respondiendo á las quejas de Marta, le dijo: "Tú te inquietas y turbas por muchas cosas; pero has de saber que una sola es necesaria."¹

Así es, católicos, como los admirables institutos de Vicente de Paul convierten por sí mismos todas las miradas, como á su fuente y fuerza constante de conservación, hácia el íntimo comercio que él mismo tenia con el Señor, hácia aquella oracion fervorosa, piedad incomparable, meditacion incesante y contemplacion continua en que vivia. Sí: en medio de las obras mas materiales, de las empresas mas laboriosas, de los trabajos mas activos, llevaba siempre viva la presencia de Dios, meditaba en las eternas verdades, tributaba un homenaje continuo á su grandeza, le ofrecia los cortejos finisimos de su ternura, respiraba en el seno de su amor. A todo atendida; pero se reconcentraba siempre en Dios: su vida era el desarrollo de la mas pasmosa actividad, pero al mismo tiempo el estado de la mas admirable contemplacion. Sus obras prodigiosas no pueden explicarse de otra manera. Erple preciso vivir siempre en Dios, pensar siempre en Dios, estar en el comercio mas activo y constante con Dios, para ejercer en su siglo y los posteriores el ministerio universal de consuelos, alivios y socorros que la Providencia puso á su cargo en favor de toda la humanidad.

Pero si queréis, hermanos míos, la última y la mas edificante prueba de tan importante verdad, trasladáos en espíritu á los momentos en que aquel Santo, recogido en el lecho del dolor, se preparaba para dar el último paso en la carrera del tiempo, é incorporarse de lleno en la sociedad augusta de los escogidos: contemplad este cuadro; ved á este héroe rendir su laboriosa jornada. Lleva ochenta y cinco años de servir á Dios en la tierra: su mas adelan-

¹ Martha, Martha, sollicita es, et turbáris erga plúrima. Porrò unum est necessarium. *Luc., cap. X, vv. 41 y 42.*

tada vejez ha sido prodigiosamente fecunda; un instante solo no ha vivido para sí mismo, no le ha dejado pasar sin hacer el bien. Anímanse en su alma las ricas y fecundas memorias de su preciosa vida, pero el horizonte se le nubla para no dejarle ver sino su miseria y las misericordias infinitas del Señor. Sus entrañas se conmueven todavía recordando la multitud de desgraciados que hai en la tierra; pero á todos los deja tranquilos á cargo de esa Providencia que no se olvida jamas de los que lloran y padecen. Pídesele para sus hijos todos el rico legado de su buen espíritu; mas él responde con la elocueute sencillez de su virtud: "El que ha comenzado la obra, la llevará á cabo;" palabras preciosas, que asocian de continuo á la Providencia rica con la humanidad miserable en los labios de aquel justo, que fué por excelencia, para todos los que padecen, el ministro de Dios para el bien! ¡Dijo, cerró sus ojos y voló al cielo!

Pero ¡ah! no por esto abandonó para siempre la tierra, no: la caridad, que fué su vida, flota con majestad sobre la losa de su sepulcro, y se derrama desde allí por todos los espacios y en todos los tiempos. Ella vive, no lo dudéis, en estas dos familias salidas de sus manos. Ella vive, tenedlo por cierto, en esa sociedad numerosa compuesta de los que sirven á su pensamiento con el título de miembros de sus conferencias. Ella vive en todas las almas convertidas á Dios por los operarios sagrados que dejó establecidos para evangelizar á los pobres. Ella vive, no hai duda, en esa multitud respetable de ministros dignísimos que bajo la accion de su espíritu se educan y forman en sus seminarios. Ella vive tambien en todas las necesidades socorridas, las desgracias evitadas, y los beneficios que disfrutan cuantos deben á las inspiraciones de su caridad los consuelos y los socorros. Ella vive y vivirá en el apasionado reconocimiento de la tribu sacerdotal, que le debe su reforma; de los Estados sabios y justos, que le deben la influencia de los mas poderosos y edificantes ejemplos; de la sociedad entera, que puesta en contacto inmediato con la religion y la moral, mediante los beneficios de todo género que aquel justo distribuye por todas sus clases, le debe, y deberá mas y mas cada dia, el beneficio de salvarse de esta última y terrible crisis á que la orilla esa revolucion antigua y nueva, que no la exalta con un entusiasmo frenético sino para hacerla morir, reduciendo á polvo sus elementos esenciales.

¡Qué nacion, católicos, qué pueblo son extraños á las glorias de este héroe de la caridad? ¡Adónde no ha llevado con sus institutos las benignas influencias de su espíritu? ¡Ah! despues de haber recorrido el viejo mundo, y cuando el nuevo, vencidas ya sus tres primeras centurias, empieza á sentir los síntomas de la muerte, la fa-

milia de Vicente cruza el Atlántico, saluda nuestras costas, y penetra en el seno de nuestra patria, para evangelizar la paz y evangelizar el bien. Nosotros, que fuimos los últimos en figurar en la gran Carta científica del globo, hemos recibido ya, bendito sea Dios, los beneficios de una institucion tan admirable.

¡Séais pues bien venidas á esta tierra, morada un tiempo de la dicha y hoy teatro de todas las desgracias, familias ilustres, hijas del amor, la ternura y el celo de Vicente de Paul, legatarias de su espíritu en favor de la humanidad atribulada y doliente, monumentos vivos de su gloria imperecedera! ¡Séais bien venidas, lo diré una y mil veces, á residir en medio de nosotros, para consolar nuestras penas, remediar nuestros males, enjugar nuestras lágrimas, cuanto es dado á la caridad cuando lucha pecho á pecho con las pasiones! Os habríamos recibido siempre con los brazos abiertos y las emociones mas vivas del placer aun en tiempos ménos infaustos, aun en aquellos tranquilos dias que se nos escaparon como los últimos rayos del sol á la caída de la tarde. Mas hoy, que el genio del mal tiene levantado en México su negro trono; hoy, que poniendo en juego todos sus resortes para contaminar la atmósfera moral y política de los pueblos, ha dejado caer una espesa niebla sobre todas las mentes, depositado la semilla venenosa de la discordia en todos los corazones, encendido los odios, los horribles sentimientos de la venganza entre hermanos; hoy, que indómito, implacable, irresistible, recorre, derramando á torrentes la consternacion, todos los ángulos de nuestro vastísimo territorio, y no satisfecho con tanta sangre vertida, tantas fortunas arruinadas, tantas miserias y tanto luto por donde quiera esparcidos, aun lucha por destruir hasta el mismo esqueleto que ha quedado, por acabar con los miserables restos escapados á su furor, y hacer morir hasta la última esperanza de salvacion para la patria; hoy, que no podemos ofrecer á vuestras miradas otra cosa que infortunios, dolores y muertes; os recibimos y saludamos con los impulsos de la tribulacion hácia la caridad, con las emociones dulcísimas de la esperanza. Venisteis á la última hora: porque habeis nacido para vivir, no con los opulentos y felices, sino con los pobres y desgraciados. ¡Esta es vuestra tierra, este es vuestro tiempo, este es vuestro teatro!

Y Vos, á quien la posteridad reconocida proclama como el bienhechor de toda la humanidad; Vos, cuyo nombre fué inscrito en el registro de la vida por Aquel que reserva su rico galardón para los misericordiosos, que dan de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo, que tienen abierto un asilo de hospitalidad al pasajero, y miran como hermanos á todos los menestero-

sos y atribulados: ¡gran Santo, héroe ilustre, glorioso ministro de la Providencia, Vicente de Paul! desde ese trono que dos siglos há ocupáis en la Corte del Dios vivo; desde esa patria, donde gozáis la recompensa infinita de vuestras virtudes; desde esa mansion de la dicha, donde no tienen entrada el luto, el quejido, el dolor, las lágrimas, donde todo es gozar y nada padecer, dirigid una mirada compasiva, tierna y eficaz hácia este desgraciado pueblo, que gime bajo el yugo de todas las desdichas, que ha sido la víctima de todas las pasiones, que sufre las consecuencias de todos los extravíos, que hasta las heces apura el cáliz del dolor, que siente la postracion de todas sus fuerzas morales, que yace sin movimiento y casi sin vida en los bordes del sepulcro: interesad en favor suyo la misericordia del Señor: rogad incesantemente por él, y alcanzadle con vuestra intercesion poderosa el término de todas sus desgracias, el recobro de la paz perdida, el renacimiento de la virtud, y el que sus miembros todos, incorporados otra vez en los rectos caminos que ella traza, continuemos nuestra carrera sin extravío hasta entrar en el dichoso gremio á que pertenecéis como uno de los mas acrisolados amantes de Jesucristo y de los héroes mas ilustres de la religion.

SERMON

SOBRE LA

PERSEVERANCIA CRISTIANA,

PREDICADO

EN EL ULTIMO DIA DE UNOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Jam vos mundi estis, propter sermonem quem locutus sum vobis. Manete in me, et ego in vobis.

Ya vosotros estáis limpios, en virtud de la doctrina que os he predicado. Permaneced en mí; que yo permaneceré en vosotros.

San Juan, cap. XV, vv. 3 y 4.

HERMANOS MIOS:

En el periodo breve de tiempo que hemos dedicado todos á este santo retiro, hemos recorrido un espacio sin límites, hemos subido al cielo, visitado el erbe, descendido al abismo, y lo que es más, registrado con la triple antorcha de la fe, del temor y la esperanza las misteriosas é inaccesibles regiones de nuestro corazon. Las graves y profundas reflexiones de la soledad han hecho aparecer á la vista de nuestras almas otro mundo, otros hombres, otros destinos. Envolutos en las olas de un siglo degradado y corrompido, nos divertiamos sin inquietud cortando las flores que brotan en las márgenes de la vida. Nos habian ocupado con interes el esplendor de las riquezas, el fausto soberbio de los honores, y qué sé yo, si tambien los criminales y vergonzosos placeres de la carne y de la sangre. Agitados por el viento de la prosperidad, jamas habiamos querido contemplar el espectáculo del dolor y la miseria: perseguidos por la tribulacion, nunca nos resolvimos á consagrarla en las aras augustas del arrepentimiento: siempre ciegos y adormecidos en la cul-